

*E.L.O., 7-8 (2001-2)*

*EL ROMANCERO VULGAR Y NUEVO* DE FLOR SALAZAR, CON LA COLABORACIÓN DE DIEGO CATALÁN ET AL., Madrid, Fundación Menéndez Pidal-SMP de la Universidad Complutense, 1999

*Francisco Mendoza Díaz-Maroto\**

Por fin está en la calle este *Romancero vulgar*, de larga y laboriosa gestación. Por razones que sería triste explicar, yo no he podido leerlo hasta mayo del 2001, aunque lleva colofón de tres años antes y pie de imprenta de 1999. En cualquier caso, su publicación demuestra que, si uno toma la precaución de no morir antes de tiempo, tiene más probabilidades de hacer realidad sus sueños. Aunque Azorín acuñó la expresión *primores de lo vulgar*, el adjetivo tiene unas connotaciones peyorativas que aconsejarían su sustitución: me parece más justo y adecuado el término *semitradicional*, que utilicé en mi tesis, sobre el romancero oral en la provincia de Albacete (leída en 1987 y parcialmente publicada en 1989 y 1990). El contenido es aquí superior al continente, y los romances incluidos en este libro son demasiado buenos para motejarlos de *vulgares*, como si fueran infectas producciones del peor romancero de cordel.

El volumen –dedicado a la memoria de Carmen Alvarado, que durante años se ocupó de la Biblioteca Menéndez Pidal– se abre con una Presentación sin firma (pp. ix-xiii, versión inglesa en xv-xix) en la que se da cuenta de la génesis de este *Romancero vulgar y nuevo*. En 1981, a sugerencia de Braulio do Nascimento, se inició el proyecto de elaboración del *IGER* o *Índice general ejemplificado del romancero*, en el que cada fábula romancística o tema existente en la tradición oral moderna (siglos XIX y XX) recibe un número y un título. De esta manera, todo estudioso del romancero podrá a partir de ahora identificar cualquier versión, y es de esperar que desaparezca el caos imperante en la titulación de los romances.

En la elaboración del *IGER*, con buen sentido, se dio prioridad a dos parcelas hasta entonces desatendidas: el romancero sacro y el vulgar o nuevo. A este último se dedica el presente volumen, dividido en dos partes (a su vez con subdivisiones): *Romances de sucesos, lances e historias admirables* (pp. 1-215) y *Romancero beato y edificante* (pp. 237-439). Debido a que este romancero vulgar y nuevo, por su origen tardío, “no tiene el carácter pan-hispánico del romancero tradicional viejo” (p. xi), se dejan fuera los romances portugueses, catalanes e hispanoamericanos (especialmente mexicanos). También se excluyen los textos englobables en la “Canción narrativa moderna”.

Seguidamente se detallan las etapas de elaboración del volumen –en alguna de las cuales aporté mi granito de arena–, desde la **a** (recolección de versiones orales entre 1977 y 1985) hasta la **n** (fotocomposición del manuscrito), la mayor parte de ellas a cargo de Flor Salazar y Diego Catalán.

---

\* P<sup>o</sup> Oliva Sabuco, 1, 4<sup>o</sup>F. 02002 Albacete. España. <cidead@sabuco.com>.

Éste firma la Introducción (pp. xxi-lxii), que no tiene desperdicio. Empieza comparando el romance de ciego y el tradicional, y demuestra que el primero es “vulgarización de la ideología y arte del Barroco” (p. xxi). Señala también que el pliego suelto “es el resultado del descubrimiento, por parte de impresores y libreros, de que el verdadero negocio de las prensas no estaba (como creía Gutenberg) en la reproducción de grandes códices para un público internacional minoritario, sino en la difusión dentro de un ámbito lingüístico nacional de un sinnúmero de textos baratos” (p. xxix).

Vuelve a recordar algo que ya ha escrito en otros lugares: “las largas relaciones de pliego de cordel constituyen un género aparte del romancero y narraciones afines de tradición oral. [...] Se repiten sin perder, en el curso de su transmisión, su lenguaje literario plebeyo, manteniendo con fidelidad un vocabulario, una sintaxis, unas figuras retóricas, un modo narrativo y una moral muy alejada de la lengua, gusto literario e ideología que vemos dominar en las obras poéticas re-creadas por la tradición oral. [...] A diferencia de los poemas de tradición oral, no están sujetos a reelaboración al pasar de memoria en memoria; los únicos cambios son deformaciones de lo difícilmente comprensible y olvidos” (p. xxxi).

Seguidamente analiza Catalán cómo se han incorporado a la tradición algunos romances de ciego: *El capitán burlado* (pp. xxxv-xxxvii), *La difunta pleiteada* –también estudiada por Salazar en otro sitio– (pp. xxxvii-xl), *Presagios del labrador* (pp. xl-l) y *La fraticida por amor* (pp. l-liv). A continuación estudia algunos ejemplos de influjo del romancero vulgar en el tradicional: *Muerte del príncipe don Juan* (pp. lv-lvi), *Grifos Lombardo* (pp. lvi-lix) y *La penitencia del rey Rodrigo* (pp. lix-lx).

Remata Catalán la introducción señalando que en el bloque de nuevos temas procedentes de los pliegos se observa “una tendencia a asimilarse a la especial Poética del romancero tradicional, tanto en el plano del discurso como en el de la intriga”, pero menos en el terreno ideológico (p. lxi).

El resto del volumen lo ocupa, como ya dijimos, el catálogo ejemplificado de los romances vulgares y nuevos. Cada ficha tiene ocho apartados: IGRH (nº arbitrario), TITU (título), METR (métrica: asonancia o asonancias), MUES (muestra, versión o versiones representativas), DIFU (provincias o países en que se han recogido versiones orales), CONT (contaminaciones con otros romances), IANT (incipits antiguos) e IMOD (incipits modernos).

Dentro de los romances de sucesos, lances e historias admirables se establecen los siguientes apartados: romances de héroes históricos (núms. 1-9), carolingios nuevos (10-14), moriscos (15-28), de sucesos históricos (29-31), de injusticia social (32-35), de casos y sucesos (36-49), de cautivos (50-62), de crímenes pasionales intrafamiliares (63-72), de mujeres autosuficientes (73-86),

de amores contrariados por los padres (87-94), de amor, honor, traición y venganza (95-106), de guapos (107-109), de galanteo y burlas amorosas (110-115) y finalmente jocosos y burlescos (116-126).

Se intercalan a continuación las ilustraciones del volumen (pp. 217-236), parte de ellas primeras planas de pliegos del Archivo Menéndez Pidal. Como autor que soy de un reciente *Panorama de la literatura de cordel española* (Madrid, Ollero & Ramos, 2000), opino que deberían haberse indicado detalladamente las fuentes impresas, al menos las fichas de los ejemplares del AMP, cuyo catálogo completo sería de gran utilidad que se publicara.

Siguen los distintos apartados de romances beatos y edificantes: de la Sagrada Familia (núms. 127-147), de la predicación y muerte de Cristo (148-156), romances en que Cristo visita el mundo (157-169), de apariciones y milagros (170-192), de Cristianismo frente a Islamismo (193-203), de salvados del diablo y del infierno (204-222), de penitentes y almas en pena (223-230), de justicia y castigos divinos (231-244) y de mártires y santos (245-250).

Se cierra el grueso volumen con una serie de útiles índices, un apéndice y un epílogo. En él recuerda Salazar cómo los investigadores del romancero tradicional han tenido que enfrentarse a los romances *vulgares*, “surgidos de la llamada literatura de cordel”, que conviven con los patrimoniales y “tienden a adecuarse estilísticamente a las estructuras romancísticas de viejo abolengo” (p. 615). Aunque muchos estudiosos del romancero creen que deben desecharse los romances de ciego escasamente alejados del pliego en su forma, Salazar considera –y estoy de acuerdo con ella– que las cosas no son tan sencillas, y que eso “supondría una mutilación inaceptable de la información disponible acerca del proceso de tradicionalización” (p. 616). Concluye que “Considerados en conjunto los Romances tradicionales vulgares y comparados con los patrimoniales no hay duda de que sus particularidades superan a sus similitudes”. Por ello opina que, dentro del *Romancero tradicional de las lenguas hispánicas*, los romances vulgares tienen “suficiente personalidad como para constituir un campo de investigación con problemas propios que están pidiendo una consideración autónoma por parte de la crítica histórico-literaria” (p. 617).

Tiene razón en cierto modo, pero entonces ¿qué hacer con los romances propiamente de pliego? Y sobre todo, ¿cómo explicar que sólo nosotros –los *cultos*– distingamos entre romances tradicionales, vulgares, de ciego, locales, etc., mientras que los transmisores-recreadores carecen de prejuicios al respecto? ¿Cómo pueden tener esa misteriosa capacidad de (re)creación literaria y al mismo tiempo una absoluta ceguera para diferenciar estéticamente un romance viejo del Cid (por ejemplo) de uno de pliego impreso en el siglo XX? Temo que se nos esté escapando algo importante. Yo no sé lo que pueda ser, pero quizá lo averigüen los

estudiosos del romancero que saben más que yo, modesto *amateur* de la literatura de cordel.

Termino: estamos ante un volumen largamente esperado, necesario, útil y bien hecho. Si hubiera que poner algún defectillo, sería la insuficiente atención a las fuentes impresas de los romances orales. Alguna vez habrá que abordar con todo el rigor filológico de que seamos capaces la evolución textual de los romances de pliego y su relación con las versiones orales. Me atrevo a pronosticar que nos llevaremos alguna sorpresa.

